

tes personas, cuando herido el enfermo del espíritu con que las decia, mandó salir de su casa la mujercilla; prorrumpió luego en lágrimas de dolor y compuncion de sus culpas, mandó llamar al Padre, é hizo con él una confesion general de toda su vida, con grandes muestras de sentimiento, por haberla tan mal gastado: y poco despues rindió el alma á su Criador, dejando á todos con prendas de su salvacion.

Con este y otros semejantes casos, que de ordinario le sucedian al buen Hermano, el nombre con que le llamaban de ordinario los soldados era el de Santo y Predicador.

Era muy cándido y sincero; y así de todos tenia buena opinion, sin poder juzgar mal de alguno: no sabia murmurar de nadie, y cuanto callaba y encubria las faltas que de otros entendia, tanto tenia de exagerador de las hazañas y virtudes de cualquiera.

Estando, pues, adornado de estas y otras muchas virtudes, cargado ya de años y merecimientos, fué para colmarlos todos enviado por obediencia de su Superior con muchos indios del astillero á cortar maderas de los montes, para que con su industria y buena traza, se les hiciera trabajo tan grande más llevadero.

Allí se le mostró visible en forma de un hermoso mancebo, con rostro muy alegre y apacible, el ángel que arriba dijimos, el cual le habia dejado más habia ya de treinta años: «Juan, le dijo aquel celestial mancebo, mira que ya es tiempo.» Volvió á casa á dar cuenta al Superior de lo que le habia pasado: juzgaron los dos por aquella voz y visita celestial, que ya le quedaban pocos dias de esta vida mortal, y que aquel era aviso de su ángel, que le daba en orden á que se dispusiese para la eterna. Comenzó de nuevo el ejercicio de las virtudes con mayor esfuerzo.

Desde entónces no se trataba como hombre de la tierra, sino como ciudadano del cielo; y aunque volvió al monte á proseguir con su obediencia en compañía de los indios, su vida era allí como de un ermitaño contemplativo, hasta que, finalmente, despues de dos meses, con el mucho trabajo y mal tratamiento que hacia á su cuerpo, comiendo mal y andando al sol y al agua, vino á enfermar de muerte.

Agraváronse entónces todos los achaques antiguos; salteóle una calentura maligna, y relajósele el estómago de suerte con una continua disenteria, que se vió obligado á volver á casa.

En ella dentro de pocos dias murió, habiendo recibido con mucha devocion los Sacramentos de la Confesion, de la Eucaristía y Extremauncion.

Enterróse con gran concurso de los indios, que tiernamente le amaban y veneraban; y los españoles del astillero, á quienes tanto habia servido con

obras espirituales y corporales, le asistieron y honraron su entierro con devocion y ternura.

Quedó la memoria dulce y suave de este religioso Hermano perpetua en los corazones de todos los que le trataron, y á los HH. Coadjutores de esta provincia les dejó un ejemplar de todas las virtudes que imitasen; porque verdaderamente fué el H. Juan de Ballesteros uno de los que más han calificado y honrado su estado humilde y seguro, y digno de eterna memoria para todos los siglos.

Murió á 20 de agosto de 1646 años, para vivir eternamente en el cielo.

Su vida escribió el P. Miguel Socana, Provincial de Filipinas, y la envió á las provincias de Europa y de las Indias para comun edificacion, y para lo mismo se pone en este libro.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO PALIOLA

EL venerable y santo P. Francisco Paliola, fué natural de la ciudad de Nola en el reino de Nápoles y provincia de Campania.

De sus padres, infancia y juventud tenemos pocas noticias, porque entró en la Compañía de treinta y un años cumplidos, acabados sus estudios y ordenado de Sacerdote: y cuando esperaba alcanzar los premios y dignidades del siglo, en que vivir honrado y regalado, trocó las pretensiones del mundo por las de la cruz de Cristo, pidiendo ser recibido en la Compañía para hacer de sí agradable sacrificio á Dios en el ara de la religion, como lo hizo, no sólo sacrificando su voluntad y libertad con todos sus apetitos, sino su vida y su sangre, derramándola por Cristo.

Entró en la Compañía el año de 1637 á 2 de febrero, y habiendo cumplido los dos años de noviciado, leyó otros dos Gramática, con grande edificacion y ejemplo; y oyendo leer en la Comunidad los grandes empleos de nuestros religiosos en las Indias, la necesidad que habia de obreros, las almas que se perdian por falta de ellos, y últimamente, los martirios de muchos que, renovando el fervor de los cristianos antiguos en el principio de la Iglesia, daban con heroica constancia sus vidas por Cristo; envidiando su dicha y deseando alistarse en su número, pidió á los superiores con todas las veras de

su alma, pasar á predicar á las Indias, y alcanzada esta gracia, navegó con feliz viaje á la provincia de Filipinas, adonde entró el año de 1641.

Ofrecióse luego á predicar á los gentiles, y visto su grande fervor, le enviaron los superiores á la isla de Mindanao, que es la más lata, y poblada, y de más copiosa miés, y tambien la más trabajosa, por ocuparla diversas sectas y naciones y gran muchedumbre de moros, que hacen su conversion difícil.

En esta gloriosa mision trabajó el siervo de Dios, predicando, enseñando, convirtiendo muchos infieles y agregándolos á la Iglesia por medio del bautismo, confirmando á los ya bautizados en la fe que habian recibido, y reduciendo á otros, que con la mala comunicacion de los idólatras y moros habian retrocedido, y apartándose del gremio de la Iglesia.

Procedió con tal edificacion y ejemplo de vida, que comunmente le llamaban el santo Padre, porque todas sus obras y palabras eran de un varon santo, y por tal le veneraban hasta los mismos gentiles.

Dos cosas pedia siempre entre otras á nuestro Señor en la Misa. La primera, que todas sus obras fuesen para gloria suya: la segunda, que le diese gracia para dar su vida por su amor con glorioso martirio: ambas se las concedió su divina Majestad, como se vió por el efecto; pues todas las obras ofrecia á su servicio, sin tener otro blanco ni otro intento en ellas más que la honra y gloria de Dios, olvidado de sí mismo, y ademas murió en lo mejor de su edad á manos de los infieles, en odio de nuestra santa fe y de la doctrina que les predicaba, lo cual sucedió de esta manera:

Habia un indio principal y poderoso en la isla, el cual, despues de bautizado, habia apostatado de la fe y vuéltose á su mala secta como animal inmundo, y, con su mal ejemplo y el poder que tenia, era de grande impedimento, así para la conversion de los infieles, como para la reduccion de los apóstatas que le habian seguido.

El Padre con su santo celo puso el último esfuerzo en ganar y reducir á este á nuestra fe, juzgando que con él traeríamos otros muchos; y habiendo intentado varios medios sin fruto, por su grande obstinacion, le pidió que se viesen en su casa, adonde le esperaria á tiempo señalado.

El apóstata ofendido de los medios que el Padre habia intentado para su bien, respondió fingidamente que vendria, y luego convocó otros idólatras amigos y camaradas suyos, con los cuales tramó la traicion que ejecutó en el manso cordero, persuadiéndoles que le quitasen la vida como á su mayor enemigo, destruidor de sus dioses, de sus borracheras y lascivias.

Vinieron todos armados, y él delante, como otro Judas contra Cristo. Cuando los vió venir el santo Padre conoció la traicion, y ofreciendo á Dios su

vida en sacrificio, se hincó de rodillas, y, tomando su rosario en las manos, invocó el favor divino, con la diligencia que daba lugar la ocasion: y llegando el malvado apóstata, no le dió paz como Judas á Cristo en la mejilla, sino una estocada con un cuchillo, que le abrió hasta la garganta: al mismo tiempo le pasó el cuerpo otro por las espaldas con una lanza, con que cayó en el suelo, invocando los santísimos nombres de Jesus y de María, y sin dejarle más tiempo le dieron otras lanzadas, con que alcanzó la corona deseada del martirio.

Los crueles idólatras, mostrando el odio que les movia contra la fe de Cristo, tomaron un Crucifijo que el Padre tenia, y le ataron á una columna, adonde, diciéndole muchos oprobios y baldones, le escupieron y dieron muchos palos y golpes, hasta hacerle pedazos.

Luego tomaron las vestiduras sacerdotales y las dividieron entre sí, como los verdugos de Cristo sus vestiduras. El cáliz llevaron para sus borracheras, y la patena para plato ó escudilla: por el mismo tenor profanaron el altar y las imágenes, cerrando con estas acciones la puerta á toda duda de que le habian muerto por el odio que tenian á la fe de Cristo que les predicaba.

Los cristianos, sabida su santa muerte, vinieron por su cuerpo, y le sepultaron en una caja con mucha honra, venerándole como á mártir de Cristo; y en Manila se celebró con universal fiesta de todos su martirio, el cual fué á 29 de enero de 1648, á los cuarenta y nueve de su edad y once de Compañía.

Escribe su vida y martirio el P. Juan Nadaso en las *Adiciones al martirologio* del P. Alegambe, sacadas del P. Antonio Basilio y de las relaciones de Filipinas.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CAMPO

NACIÓ el dichoso P. Juan del Campo en Villanueva de la Vera, cerca de Jarandilla, del condado de Nieva y marquesado de la Mota, diócesis de Plasencia, y fué bautizado en la dicha villa á ocho dias del mes de marzo de 1620 años. Y aunque el mismo Padre se nombraba por natural de Jarandilla, no era por haber nacido allí, sino por haberse criado en aquel lugar